

# EXHORTACION PASTORAL

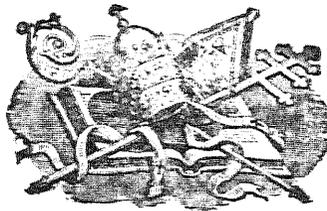
QUE EL ILLMO. SEÑOR

D.<sup>R</sup> D. PEDRO CIRILO URIZ

Y LABAYRU

OBISPO DE PAMPLONA

DIRIGE Á LOS FIELES DE SU DIÓCESIS.



PAMPLONA :

Imprenta de Francisco Erasun y Rada.

1862.



## NOS EL DR. D. PEDRO CIRILO URIZ

Y LABAYRU, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE  
APOSTÓLICA OBISPO DE PAMPLONA, DEL CONSEJO DE S. M.  
ETC. ETC.

Á nuestros muy amados hijos, los fieles todos de este Obispado: Salud,  
gracia y bendicion en Jesucristo Nuestro Señor.



**C**uando mas ocupada se hallaba nuestra mente, y fija la atencion en procurar á la que fué nuestra muy querida Diócesis de Lérida, la multiplicacion de gracias y carismas de que el Señor nos hiciera, aunque indigno, celoso dispensador; cuando no obstante la penuria que experimenta la Iglesia de España, en las borrascosas épocas por que venimos atravesando, ya de guerras, ya de conmociones civiles, ya en fin de disolucion de principios y sublevacion de malas pasiones, nos complacíamos, merced á la proteccion del gobierno de nuestra católica Reina (Q. D. G.) y á la franca y leal cooperacion del Clero y de los

4  
mismos seglares, en ver muy mejoradas las condiciones del servicio eclesiástico, reparados en gran parte los templos, renovados los ornamentos, regularizada la sustentacion del culto divino; cuando bullian en nuestra imaginacion innumerables proyectos de adelantos y mejoras en el régimen y administracion de aquel Obispado, despues de haber dado cima á los varios y complicados trabajos relativos en estos dias á las últimas y mas inmediatas aplicaciones del Concordato vigente; cuando en fin alhagaba nuestro corazon de Prelado el buen fruto con que favorecia el Supremo Agricultor nuestras tareas evangélicas, y nos habíamos por decirlo así, connaturalizado con aquellos dóciles diócesanos; en plena Santa Visita nos sorprendió la nueva de nuestra traslacion á esta Silla de Pamplona, causándonos una viva conmocion de espíritu mas fácil de adivinar que de describir, persuadidos como el que mas de no valer en nuestra persona por ningun concepto lo que estas traslaciones tal vez significan, para atraer hácia Nos hasta tal punto las miradas del Monarca del Estado y del Gefe Supremo de la Iglesia. Atormen-  
taba nuestra alma llenándola de amargura, la idea de la solucion que iba á sufrir el vínculo que nos unia á la Iglesia de Lérida; del abandono de una Silla por tantos títulos gloriosa, y que no dejaba de interesarnos con irresistible atractivo al considerarla asiento un dia de preladados tan santos como Licerio y Raymundo, y tan sabios como Berenguer de Peralta y Antonio Agustin; del penoso adios que habíamos de dar á un Clero que nos ha servido con abnegacion y cariño, y á una sociedad de la que hemos recibido en las diferentes circunstancias que por espacio de mas de once años nos han rodeado, pruebas las mas inequívocas de atencion, deferencia y amor á nuestra persona, y de las que acompañados hasta una edad avanzada, se formaba en derredor nuestro una fragante atmósfera que nos sentíamos gozosos de respirar hasta que Dios tubiese á bien dar por concluida nuestra mision en la tierra. Estas y otras consideraciones,

## OBISPADO

DE

## PAMPLONA.



*Circular.*

A los RR. Curas Párrocos ó Regentes de las Parroquias de nuestro Obispado.

**B**ien sabeis, venerables hermanos, el conflicto inaudito por que está pasando, hace mas de dos años, la verdadera Iglesia de Jesucristo en la sagrada persona de su Vicario en la tierra. A la vista de todos se presenta con sus amargos y horrendos detalles el cuadro de destruccion en que los enemigos del nombre de Dios, fautores de revoluciones y trastornos, explotadores de la credulidad de los pueblos, han colocado no solo los Estados que constituian el patrimonio indispensable al Soberano Pontífice para sostener su decoro, mantener ilesa su dignidad y expedita la muy variada y detenida accion de su administracion Apostólica, sino hasta las consideraciones y respetos que como á Gefe y cabeza visible de la Iglesia le son debidos. La guerra entre los dos principios del bien y del mal, del orden y del desorden, del derecho y de la iniquidad, está declarada; y en medio de tantas persecuciones descaradas, de indiferencias irritantes, de decepciones sin cuento, solo un atribulado anciano desprovisto de todo auxilio material, y sin otro apoyo que el del Cielo, sostiene con mano fuerte y pecho invencible la causa del bien, del orden y del derecho; tal es el inmortal Pontífice Pio IX. Él es la roca firme sobre que está cimentada la Iglesia de Dios, que no la hiere el ra-

yo, ni la conmueve el huracán, ni la baten las furiosas olas; la roca en que se estrella quien contra ella arremete, y contra la cual no prevalecen las puertas del infierno. En esta firmeza estriba nuestra fé, y así como en las cuatro espantosas borrascas anteriores que la Iglesia desde el siglo XI cuenta, hemos visto salir siempre fluctuante y salva sobre el revuelto mar de las cosas humanas, la frágil barquilla de S. Pedro, victoriosa de los albigenses, de los proyectos de Felipe el Hermoso, de los protestantes, y por fin de la revolucion que el filosofismo del pasado siglo abortára; tambien confiamos la salvará el Piloto Supremo de la deshecha tormenta que entre espumas y arenas la lleva ahora en nuestros días impelida de escollo en escollo con la vana pretension de sumergirla y aniquilarla en los abismos. No; no faltará la palabra de Dios, que ha prometido estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Acaso el excelso Pontífice que ahora la gobierna está por la segunda vez destinado á continuar la lista de mas de treinta Papas que desde San Pedro hasta los gloriosos Pios VI y VII han sufrido el ostracismo, ó como el grande Gregorio VII han muerto en el destierro por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad; pero así como ha desaparecido Neron, y el anfiteatro Flaviano, donde eran los cristianos pábulo de las fieras, es meramente un monumento histórico que recuerda las glorias de la Iglesia, y revela el secreto de su fuerza de entre el abatimiento y la desgracia, tambien desaparecerán los elementos hoy dia en su daño hacinados, para hacer lucir sobre el mundo mas y mas radiante el sol de la verdad y de la justicia; y el Gerarca Supremo que es Sumo Sacerdote en el orden de Melchisedech, Pontífice Máximo con la dignidad de Aaron, Padre de los pueblos con el patriarcado de Abraham, Pastor universal desde la cátedra de Pedro, y Obispo de los Obispos con la unción de Jesucristo, ocupará un dia el romano sòlio con todo el esplendor de los Inocencios, los Gregorios y los Benedictos. Será; y la Silla de San Pedro aparecerá en medio de los cambios y ruinas de las cosas humanas, como el padron en que se leerá la historia de todas sus vicisitudes, y la brillante cronología de los triunfos y exaltacion de la Santa Iglesia. Esta es su marcha y su providencial destino; por esto y en direccion á este término la aqueja ahora inmensa tribulacion, que al afectar la cabeza trasciende necesariamente á todos sus miembros, y de todos se espera la cooperacion y el alivio.

Pio IX, el bondadoso, el santo, el inquebrantable Pio IX, cumple hoy su mision providencial atravesando una de esas pavorosas crisis precursoras de grandes felicidades, pero en que parece zozobrar la nave de la Iglesia: su gloria, es gloria nuestra: sus padecimientos y aflicciones tambien son nuestros. Si él gime ¿qué católico no le acompaña en la afliccion? ¿quién no le acorrerá en su dolor, y no le aliviará en sus privaciones? Privaciones sí, porque usurpados sus estados, dilapidados y

robados sus bienes, recargadas sus atenciones con la acumulacion de víctimas de la revolucion en el corto territorio que le ha quedado, vendido cuanto le pertenecia, hasta las alhajas de su uso particular, no le queda otro recurso que el de aceptar el pan con que quieran favorecerle sus mismos hijos. En la dolorosa postracion á que le ha reducido la ambicion y el orgullo de los hombres, eso que parece humillacion es lo único que no le humilla; antes al contrario, eso llena de consuelo su amante corazon. Porque ningun padre se afrenta de recibir en su pobreza y en su decrepitud el alimento que con amor le suministra el hijo á quien diéra el sér. Corramos pues como buenos hijos á socorrer al mejor de los padres: al que lo es en la fé y en la virtud; al que engendra y reune en torno suyo la familia del Eterno Padre, á la cual aguarda una felicidad sin fin en el reino de los Cielos. El cercenar un tanto nuestras necesidades, el disponer los que puedan de una parte de sus riquezas y de sus ahorros en obsequio del angustiado Pontífice, será una señal de su amor filial y de su gloriosa predestinacion.

A todos, venerables hermanos, os conocemos animados de estos excelentes sentimientos para con el Santo Padre, y con vosotros los respectivos feligreses; sin duda no esperais unos y otros sino nuestra voz para prestar en grande escala vuestras ofrendas, y acudir con generosos socorros á sostener á Su Santidad en la tribulacion que le abruma. Pues bien: creemos ha llegado ya la hora de las grandes demostraciones, puesto que arrecian los apuros en que el Santo Padre se vé envuelto; y así os llamamos al nuevo voluntario donativo á vosotros, venerables Párrocos, y demas Sacerdotes, para que concurreis desde luego con vuestras oraciones, y en cuanto y hasta donde os sea posible con una dádiva semanal ó mensual, que con las de los fieles y las que Nos y nuestro Ilmo. Cabildo entreguemos, pueda componer un regular contingente, que al par de otras Diócesis tan piadosas como la nuestra, aunque mas aventajadas en la ofrenda, represente dignamente esa misma piedad y catolicismo, el amor que debemos al Santo Padre, y el deseo de socorrerle de veras en sus apremiantes necesidades.

Poned en conocimiento de vuestros feligreses estas nuestras letras, é inculcadles en caridad los sentimientos que las han inspirado: escitadles á la oracion y la limosna, que abren de par en par las puertas de los Cielos; y con vuestro constante y personal estímulo y predicacion, como mejor un santo celo os sugiriere, recoged cuanto los fieles os ofrezcan, y dadnos cuenta de vuestros adelantos.

A este fin, hemos determinado que todos los Reverendos Párrocos ó Eónomos de las Iglesias de nuestro Obispado, establezcan sus colectas luego de recibida la presente circular, y en consecuencia presenten á los respectivos Arciprestes por mensualidades, comenzando por el vencimiento de la corriente de Junio, una lista nominal de lo

recaudado con expresion de los donativos propios y los de sus pueblos, ya sean por una sola vez, ya por cuotas periódicas; y los Señores Arciprestes dentro de los ocho dias primeros de cada uno de los subsiguientes meses, pasarán su razon total á nuestra Secretaría de Cámara, desde donde se proveerá para la remesa de los fondos al Tesoro Pontificio, por conducto de la Nunciatura Apostólica en estos reinos.

Por el pronto y para alentaros con el ejemplo, os anunciamos, que por ahora é interin duren las actuales penosas circunstancias, Nos ofrecemos mensualmente desde el dia 1.º de Mayo último, que fué el de nuestra posesion del Obispado, la cantidad de *quinientos reales vellon*, como donativo gracioso en obsequio del Romano Pontífice.

Confiamos en que se nos seguirá, y tendrá cumplimiento exacto cuanto dejamos prescrito, dándonos en todas sus partes nuestro amado Clero la satisfaccion mas completa, á que corresponderemos con todo nuestro amor y proteccion.

*Pedra Cirila, Obispa de Pamplona.*

Pamplona 8 de Junio de 1862.

Pamplona: Imp. de F. Erasun.

5  
agitaron nuestro espíritu, nos entristecieron, y tratamos de consolarnos resistiendo cuanto de nuestra parte estuvo y con poderosos alegatos, la traslacion á que se nos destinaba; pero razones de alta conveniencia declaradas con autoridad, acabaron de patentizarnos la oportunidad de los designios de la Providencia, que si en sus miras de gobierno universal no descuida aun los pensamientos mas insignificantes de los hombres, es para hacerles entrar en combinacion con otros muy superiores, á que nuestra pequeñez no alcanza, y concurrir con ellos al admirable orden y armonía que así en lo moral como en lo físico, no sin extrema admiracion, vemos presidir á todas las cosas.

En la humildad de nuestro espíritu, hemos adorado rendidos á las plantas del Dios crucificado estos últimos designios, esperando que fortalecidos con su gracia siempre abundante y prepotente, no nos habia de faltar el valor para acometer por segunda vez la empresa de echar sobre nuestros débiles hombros la que con razon apellidan los Santos Padres inmensa mole del Episcopado, ejerciéndolo en esta vasta Diócesis; y para cuyo desempeño contamos, despues de los auxilios que nos prometemos de los montes santos, á donde se alzan de continuo nuestros ojos, con la sincera y activa cooperacion de los que ojos nuestros y manos nuestras propiamente son, nuestros hermanos, los Sacerdotes todos de esta Diócesis, y con la deferencia y buena voluntad de nuestros amados hijos, el resto de los fieles.

Y la perplejidad, y las dudas, y la pesadumbre, que nos abrumaban al consentir en la dolorosa separacion de las que podemos llamar nuestras primicias en el Episcopado, se han desvanecido completamente, cuando resignados y sumisos á las disposiciones de que hemos sido objeto, las primeras sensaciones han cedido el lugar á otras de distinto orden, á una santa alegría, á una satisfaccion sin límites, y hasta á un ferventísimo desecho de estrecharos entre nuestros paternales brazos, y comu-

nicaros en Jesucristo los amantes latidos de nuestro corazón, al considerar las felices disposiciones del pueblo que el Dios omnipotente y como órgano suyo en la tierra su venerable Vicario, han puesto bajo nuestro régimen y dirección pastoral. La religiosidad, la honradez, la ingenuidad de nuestros nuevos diocesanos, á quienes por connaturalidad, de que nos gloriamos, hemos tenido ya lugar de conocer, nos dan derecho á esperar que no menos en nuestro pontificado que en los anteriores, se mostrarán para con su Prelado, dignos, sumisos, dóciles, reverentes, fieles conservadores de las tradiciones que tanto les honran y que en el decurso de los siglos han dado al Estado varones eminentes capaces de ayudar al monarca á sostener el peso de la corona, y á la Iglesia santos ilustres que veneramos en los altares. Acostumbrados como estábamos en nuestra primera Diócesis á recibir á manos llenas el tributo de la docilidad, del respeto y amor de aquellos inolvidables fieles, se nos haría ahora mucho más sensible cualquier desvío por parte de los de esta Diócesis, á quienes en el ansia que nos devora de recoger ópimos frutos de su piedad y demás virtudes, no podemos dejar de rogar con el apóstol San Pablo á los cristianos de Efeso, Nos, *prisionero en el Señor, EGO VINCTUS IN DÓMINO, que anden como conviene á la vocación con que han sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándose unos á otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu como fueron llamados en una esperanza de su vocación.*

A la conservación de esta importante unidad en la fé, que nos recomienda el Apóstol, somos tenidos de enderezar todos nuestros pasos así los directores como los dirigidos. Nuestro estudio, nuestra enseñanza, y nuestro constante ejemplo tienen en esta preciosa unidad su norte y genuino término de acción; vuestra inclinación, vuestra marcha y vuestros progresos tienen en la unidad, su natural complemento. Uno es el cuerpo de Jesu-

cristo que predicamos, y cuyos miembros somos, uno el Espíritu Santo, en el que constituyéndonos por la gracia templos vivos, nos hallamos enlazados con el cuerpo de Jesucristo en el cual existimos, vivimos, obramos y nos movemos; una la divina herencia á que somos llamados; una la esencia divina, á la que viendo y amando, quedará consumada nuestra unión con ella, y nosotros semejantes á Dios; uno es también el Señor que nos ha redimido, y uno el sacrificio con que se inmoló por nuestra redención y salud, Sacerdote y víctima á un mismo tiempo, *Unus Dóminus*; una la fé que profesamos, y uno el Evangelio que creemos y con el cual es un deber conformar nuestras costumbres, *Una fides*; uno el bautismo por el cual todos en Cristo hemos sido regenerados y hechos hijos de Dios; *Unum baptisma*. Solo uno es el Criador que nos formara y misericordiosamente separara de una misma masa de perdición, único Padre nuestro que está en los cielos, y que nos ha destinado á componer su familia, que nos gobierna con igual autoridad, nos llena con su presencia, y con su caridad nos abraza y une á sí. *Un Dios y padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas, y en todos nosotros.*

Y una, única y exclusiva sin confusión ni mezcla de ningún género, es en fin, su Iglesia Santa, Católica y Apostólica, obra la más excelente que saliera de sus manos, que tiene su domicilio y asiento principal en Roma, desde donde extiende sus brazos al Oriente y al Occidente, y en ellos estrecha al persa y al chino, al nómada y al americano, con el amor de aquel Dios que muere tendidos los ensangrentados brazos sobre el madero de la Cruz por la salud de todos los hombres, y desde donde atrayendo á sí todas las cosas, establece la unidad de su Iglesia, unidad que luego promulgó el Espíritu Santo con lenguas de fuego y la sostiene la mano de Dios hasta la consumación de los siglos. Y no es la Iglesia de Cefas, ni la de Apolo, ni la de Federico II, ni la de Enrique VIII, ni la de Juan Hus, ó de Martín

Lutero; sino la Iglesia Romana, la Iglesia de Jesucristo: aquella Iglesia, que quien de ella se separa, dirémos con un espositor famoso, extraño es, profano es, enemigo es; no tiene la caridad de Cristo, pugna contra la ordenacion de Dios, contra la mision de Jesucristo; y añadirémos con San Cipriano: *no tendrá á Dios por Padre, quien no tenga á la Iglesia por Madre.*

Afortunadamente, por la divina misericordia hemos venido á habitar con un clero y un pueblo, á los que nos complacemos en reconocer tan imbuidos de este espíritu de unidad, cual lo están predicando los sucesos de todos los dias; como que son parte de una nacion que despues de haber pasado por todas las fases de la revolucion política que hace sesenta años está practicando en Europa sus temibles ensayos, no ha ofrecido escándalo notable que de mentarse sea. Al contrario, los embates mismos de la revolucion parece que á manera de las arremetidas de una fiera á un rebaño inerme, sirven para estrechar los vínculos de la unidad, y escitar vivísimos sentimientos, y ardientes manifestaciones de adhesion al centro de esa misma unidad, la veneranda silla de San Pedro.

Bellas son en esta parte las tendencias del movimiento que la razon impelida de la gracia está en nuestros dias operando en los espíritus. Urge tan solo que convengamos en los medios, ó que conocidos como lo son, no alojemos en su desarrollo, no desmayemos en las prácticas, no nós durmamos á la sombra del árbol narcótico, de cuyo sueño no nos despertaria otra claridad que la del incendio en la gran calamidad de la conflagracion universal, que el panteismo en filosofia, el sensualismo en moral, y el socialismo en política, están á toda prisa preparando á las sociedades humanas. Bajo esta idea os habla hoy vuestro Prelado, y ha querido departir con vosotros en el breve espacio que permite la redaccion de una carta pastoral.

El Espíritu Santo favorecerá, no lo dudeis, tan feliz disposicion de vuestro ánimo, con la variedad de sus dones, en lo cual

se recomienda la unidad de la masa de los fieles, porque no hay nadie que en mucho ó en poco, y todos en lo bastante, no participemos de la divina gracia. *De plenitudine ejus omnes accēpimus, et agratiam pro gratia.* Pero esta gracia no se ha dado á todos de un modo uniforme, sino en el modo que Cristo la ha distribuido y tasado á cada uno. Solo él recibió el Espíritu Santo sin tasa ni medida; empero á cada uno de sus miembros segun medida lo distribuyó, no segun la dignidad y el mérito, sino segun la voluntad del Padre y su propio consejo, en cuanto es menester para los ejercicios y funciones, á las que destinó en su cuerpo místico á cada uno de nosotros. Reciba pues cada cual su medida con humildad y hacimiento de gracias, y comuníquela á sus prójimos sin reserva. Quien mas hubiere recibido, no se ensorberbezca; quien menos, no tenga á otro envidia. Dice S. Agustin: "Si amáres la unidad, tambien para tí poseé »quien en ella algo obtuviere."

Ni envidia, ni pereza en el servicio de Dios Nuestro Señor. Dos polos os mostramos en esto, amados hermanos, é hijos nuestros, de los que debeis mantener muy apartado el abonado metal de vuestras acciones y de la conducta de vuestra vida; no sea que os arrastre la tristeza de ver prosperar á vuestros hermanos por las bendiciones con que el Cielo aun en este mundo remunera sus virtudes, ni cediendo á la propension de la naturaleza material, os confunda una inercia que os inhabilitara para el bien. Las gracias, los favores del Cielo, debe esperarlos el cristiano de la Jargueza y munificencia de Dios, poniendo él de su parte la disposicion de su alma, que consiste en ceder á los llamamientos y escitaciones de la gracia, trabajando en obsequio de Dios y servicio del prójimo con toda la ingenuidad de la fé y con todo el ardor de la caridad. No de los méritos propios, ni de la ruina agena espere nadie sus provechos, sino del favor de Dios, que por los méritos de su Unigénito premiará las buenas obras indefectiblemente, con abundancia

de bienes espirituales, y las mas veces con copia de bienes temporales.

Acostumbraos, muy amados hijos nuestros, á ver á Dios en su propio lugar, sobre la cumbre de todas las cosas, término de todas ellas, y límite de todas vuestras aspiraciones. Si Él como no ignorais es el fin por el que hemos sido criados, y finalizada nuestra deleznable vida, hemos de parar en Él, como el centro de donde ha de partir nuestra inefable felicidad, ó nuestra imponderable desgracia; á Él hasta en lo mas mínimo han de converger todas nuestras acciones aun las naturales, que de hecho y por sí solas ya se le refieren; pero que nos realzan y nos hacen mas dignos en el orden de la gracia cuando á su propio fin de buena voluntad las enderezamos. El obrar con indiferencia del fin, aunque se obre bien, nada produce en nuestro espiritual beneficio; recabará de Dios algun premio temporal, como aumento de riqueza, mayor consideracion en la estimacion de los hombres; mas quedará el alma abatida, sintiendo en su fondo una tristeza que nada bastará á disipar. La verdadera alegría del espíritu se consigue por medios adecuados á la vida del espíritu.

Por esto es menester considerar á Dios no solo como autor de la naturaleza, sino tambien como autor y dador de la gracia. Todo lo ha hecho Dios por su gloria, como ente necesario, infinitamente perfecto, principio y fin de todas las cosas. Como autor de la naturaleza, ha proporcionado al hombre la satisfaccion de todos sus apetitos, y ha ofrecido un término adecuado á sus funciones, igualmente que á los demas seres de la creacion, cada cual en su línea y esfera; pero dotado este por su munificente mano de los talentos y facultades que habian de constituirle Rey de todos ellos, se halló fijados tambien los objetos que habian de corresponder á sus inclinaciones, las reglas que habian de modelar su conducta, los premios que habian de coronar sus empresas, y hasta la felicidad temporal que habia

de gozar, elevada hasta la comprension intelectual del Ser Supremo. Pero feliz Dios en sí mismo en un orden infinitamente superior á toda la naturaleza criada, y resplandeciendo entre sus mas visibles atributos esa inmensa bondad que le hace comunicar las bellezas de su esencia á las criaturas que prevenidas con su gracia formó capaces de sentir las y disfrutarlas, no se contentó con señalar al hombre una felicidad natural, sino que le estableció en un grado mas allá de los límites de la naturaleza con felicidad mucho mas aventajada y gloriosa. Requeria la naturaleza del hombre por término de su aspiracion al Criador de todas las cosas, un conocimiento abstracto de Dios, y Dios se lo otorgó intuitivo, esto es, la vision propia de la divinidad conforme es en sí misma, mediante la luz de la gloria, y como manantial de aquellas felicidades que constituyen la bienaventuranza de los escogidos. Bastaba que el Señor se hubiese dejado ver del hombre como por espejo y en enigma y ser conocido solo en parte; los beneficios del Criador se entienden á mas, y se le deja ver cara á cara, y que él le conozca como el Criador le conoce: podia el Señor haberse contentado con declararle siervo: no bastó, le elevó á la condicion de hijo. Finalmente, no ha señalado al hombre la posesion de algun bien determinado, sino que ha llevado sus larguezas hasta otorgarle la fruicion de todo bien en la posesion plena, perfecta é interminable del Ente infinito. Ved aquí en este corto paralelo la distincion de los conceptos en que la criatura racional debe considerar á Dios, para que sintiéndose penetrada de la virtud de la religion, aprenda á reconocer entre las ventajas que esta le ofrece, cuán grande, cuán espléndido, cuán benéfico, ha sido Dios para con el hombre, pues se le ha dado á sí mismo como la mejor y mas cabal satisfaccion á los deseos que el mismo Dios escita y levanta á goces inmensurables.

Si en algun tiempo debe el alma cristiana pertrecharse con el escudo de la religion, es, amados diocesanos, en el presente,

en que el espíritu del mal parece haber tendido sus negras alas sobre la tierra y haberla oscurecido con los densos vapores del abismo. El corazón del hombre se ha pervertido tras el estímulo de los gozes materiales, ha hundido su inteligencia en el fango de la corrupción, ha perdido de vista el mundo moral, se desentiende de la influencia de Dios, y le niega su culto en el santuario del alma. El faro de la inteligencia alumbra hace algunos años á los pueblos, es verdad, con luces mas resplandecientes, porque es mucho lo que se ha descubierto, analizado, explicado en el campo del exámen y de la observacion de los objetos que se ven y se palpan; pero no es menos cierto que llevado el corazón del violento deseo de adquirir, la inteligencia solo se ha considerado como un medio á propósito para el copioso y pronto lucro; y se la ha sacado al público mercado y sometido á la puja como un género cualquiera, como una vil mercancía. El que hoy profesa unas opiniones, las abjura mañana para abrazar las contrarias y proporcionarse un lucro mayor. Se estudia la afición dominante, la pasión que mas estimula, y se escribe y se enseña á las masas en el sentido de las ideas que se presume han de alhagarlas mas, y han de poner sus ahorros á la discrecion de los publicistas. Así la licencia de escribir ha llegado en nuestros dias á un exceso indefinible. Un velo de cultura y erudicion reviste en verdad de delicadas formas los conceptos atrevidos, las máximas ateas, las proposiciones escandalosas, porque hay todavía en la pluma del escritor cierto temor al rigor de la ley, y un forzado respeto á la conciencia pública; mas no por eso se mitiga la acción corrosiva del mal, no por eso es menos sensible, y sus estragos menos desastrosos; y en novelas, en folletos, en periódicos, en los libros de testo, en públicas lecciones y discursos, se derrama en abundantes dosis la liviandad y la irreligion, y se las infiltra suave pero intensamente en las clases todas de la sociedad, y principalmente en la juventud, que agitada de hervorosas pa-

siones en posesion de despejada inteligencia y ávida de saber, bebe en esas fuentes impuras el veneno que ha de trastornar sus ideas, confundir su vocacion; arrebatarle su paz, y sumirla en el delirio, la depravacion y la muerte.

¡ Jóvenes todos, pero mas que ellos, vosotros, padres de familia, dad una ojeada á los aciagos dias que por nuestros pecados el cielo en sus justas iras ha hecho lucir sobre nosotros! No os preocupen errados cálculos, no os adormezcan vanas ilusiones. Disfrutamos, sí, de una consoladora paz material debida al imperio de la fuerza, representada por millares de bayonetas: paz que no da lugar á temores por la seguridad de las personas; existe sin embargo y á todos alcanza una sorda fermentacion en los espíritus que nada bueno augura, y se presenta al hombre pensador con el carácter de un grande hacinamiento de miasmas á que no se desea, pero se espera confiadamente suceda una gran tempestad que los disuelva y los quemee para purificar por este medio la atmósfera. Son aquellos tiempos de que nos habla Isaias cuando dice: *La tierra llora, vacila y desmaya, el mundo desfallece; rebájase toda la grandeza de los pueblos; infesta la tierra la corrupcion de sus moradores, porque han conculcado las leyes, volcado el derecho, y roto la eterna alianza.* La hipocresía vá deponiendo su máscara, y no abatiendo ya la luz de la verdad los débiles párpados del error, córrese un velo sobre los buenos principios, se ofusca la vista de todos, la confusion es extrema; y las cosas dejan de parecer lo que son. A las cosas se les cambian sus nombres, y sucede lo que hacia lamentarse á un profeta, que se llama bien al mal, y mal al bien, y el infierno dilatando sus senos, hace uno de ellos la tierra, y el corazón de cada uno de los hombres. La alocucion de Nuestro Santísimo Padre Pio Papa IX, en el Consistorio secreto de 18 de Marzo del año próximo pasado, es un documento que os habrá aleccionado en el particular, y que jamás os encareceremos lo bastante tengais á todas horas presente, para que abrazando la

rectitud de sus principios, como emitidos por el depositario de nuestra fé, con arreglo á la verdadera doctrina de la Iglesia, podais robustecer vuestra alma contra los incesantes ataques del indiferentismo y la impiedad. Desgraciadamente, como para todo lo malo hay su época, la ha tenido de buen gusto en ciertos círculos el presentar al mundo la inocente, la evangélica, la veneranda persona de nuestro augusto Pontífice Sumo Pio IX, como un obstáculo á la civilizacion, contraria á la libertad y hostil al progreso. Pero estudiad en el Evangelio, en la sana moral, en la doctrina de la Iglesia, en la historia de las naciones, en el clamor de la Silla Apostólica, y en las mismas producciones de sus enemigos, lo que aquellas voces significan, y herirá vuestros ojos la dolorosa contradiccion en que aquellas obras aparecen. Si por civilizacion debiera entenderse el socabar la obra de Dios, divinizando al hombre, sustituir la redencion del alma por la *redencion de la carne*, y sumir á las sociedades modernas en la mas abyecta barbarie, en la mas ominosa esclavitud y en la mas crasa ignorancia, aun podia sostenerse que el Papa fuese enemigo de la civilizacion y de las luces. Si por progreso se entiende una marcha sin término ni fin, de solution del principio de autoridad, del respeto á los mayores, consideracion á los iguales, y atencion á los inferiores, si el progresar ha de ser adelantar cada dia un paso mas en la conculcacion de la justicia, en el escarnio de la virtud y en la postergacion del verdadero mérito, guiado el hombre de la falsa luz que necia y temerariamente enciende dentro de sí mismo, al considerarse con solas sus fuerzas en la marcha de un progreso indefinido que ninguna filosofía racional puede admitir, tienen razon: el Papa detesta el progreso; y si por último se concibe por libertad, no esa libertad augusta, ni esa prerogativa sublime, por la que el hombre, este ser dotado de inteligencia y de voluntad emite todos sus actos regulándolos siempre segun las leyes eternas de la moral y la justicia, sino esa mentida

libertad, que solo por antítesis puede llamarse tal, basada en el espíritu de rebelion del hombre para con Dios, como entronizamiento de la razon humana sobre la razon divina, de la razon particular sobre la universal, de donde vemos dimanar en nuestros dias las alarmantes teorías de las soberanias colectivas ó populares, ó sea la anarquía y el desórden elevados á razon de estado, y esa escandalosa licencia que no respetando ningun derecho, y creyéndose dispensada del cumplimiento de todo deber, se ha propuesto derribar las mas venerandas instituciones, en una palabra, la estúpida libertad del salvaje de hacer lo que se puede y todo lo que se puede, y no lo que se debe, esa tal libertad no es la libertad del Papa, no está en ella el espíritu del Señor, y no es por ningun concepto la libertad con que Cristo nos ha redimido. Asi tambien en este sentido podemos asegurar que el Papa condena y anatematiza la libertad. Y á imitacion del Papa es un deber en vuestro Obispo aconsejaros y preveniros que no seais partidarios de esa civilizacion que mina la Iglesia, ni de ese progreso que nos conduce al corazon del Africa, ni de esa libertad bestial que todo se la vuelve reconocer en el hombre derechos y no deberes. *Vera rebus vocabula restituantur*, y será entonces muy fácil que nos entendamos y avengamos; porque como en bellisimas frases consignó al publicar en estos reinos la espresada pontificia alocucion el Exmo. é Illmo. Señor Nuncio Apostólico en circular de 24 de Abril del mismo año 1861, "todo cuanto hay de bueno, de justo, de generoso en la moderna civilizacion; todo cuanto eleva el alma y ennoblece el corazon y promueve la preponderancia del espíritu sobre la materia; todo cuanto es útil al progreso ordenado en las ciencias, en la industria y en las artes; todo cuanto propende á aliviar el peso de los sufrimientos inevitables en esta tierra de peregrinacion para la patria celestial, eso mismo lo aprueba, lo anima y lo sanciona el Pontificado." Y esto es lo que ha hecho la Iglesia en todos los si-

glos ya combatiendo la barbarie armada, ya la ignorancia supina, ora mandando deponer la clava, ora enmudecer el cañon, siempre solícita en proteger los adelantos de las ciencias, los inventos de las artes, en erigir bibliotecas y formar los sábios que habian de llenarlas con sus producciones. La mano augusta del Pontífice, como añadíamos Nos en aquella ocasion solemne se ha complacido siempre en adornar la frente del sábio que acariciado del génio, dejó consignados en un libro los secretos beneficiosos á la humanidad que él le confiara, la mano del Pontífice ha hecho casi imperecedera la memoria de los artistas colocando en los ricos museos del Vaticano sus delicadas y esquisitas obras: ella en fin aplaude y hasta bendice en nuestra misma época las maravillas del daguerreotipo y la fotografia, el prodigioso invento de los telégrafos eléctricos y las aplicaciones admirables del vapor á la marina, á la industria y á los caminos de hierro, que forman parte de los descubrimientos útiles y ventajosos, aunque materiales de nuestro siglo, que por ellos tan ufano con razon se muestra. Ni la Iglesia puede en tiempo alguno ofrecer otro espectáculo, pues su lema y su divisa es el progreso y la perfeccion si bien limitada por el sujeto, ilimitada é inmensa por la infinidad del objeto que es el fin y el término de sus aspiraciones. Así, muy amados hijos nuestros, ¿qué temor pueden infundirnos las alharacas y palabrería de esos desgraciados apartados del buen camino, cuyo castigo parece ser ya en este mundo, el vivir condenados á convertir la filosofía, ese sublime desarrollo del entendimiento humano, en un ridículo tegido de falacias vanas? Ved pues que nadie os sorprenda ni engañe por tan ruines medios: *videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam*. Tened esto presente como uno de tantos móviles de vuestra conducta en vuestras relaciones con los superiores, con los iguales, con los inferiores y sea este el espíritu con que el mundo os vea desempeñar las funciones á vuestra respectiva posicion inherentes.

Huid de las novedades en materias de religion y moral, y las que con estas se rozan. Nada hay nuevo bajo el sol, dice el Sagrado Texto, y toda innovacion en estas materias es además de peligrosa un verdadero retroceso. Corren ya diez y nueve siglos de la predicacion del Evangelio, y en ellos ha abundado el espíritu humano en orgullo y extravíos; pero ninguno de estos ha prevalecido ante la doctrina católica, y solo han dado al mundo el espectáculo de su repugnante contraste, y de su sucesivo hundimiento, para abrir paso no tanto á otros nuevos, cuanto á la difusion de los resplandores de la verdad. Los que de nuevo han aparecido, han presentado luego el carácter de una restauracion con distintos matices, mas bien que el resultado de un verdadero descubrimiento; y así se ha cumplido el que con el girar de los cielos y las vicisitudes de la tierra han pasado todas sus cosas siempre en el mismo grado de pequeñez é insubsistencia, pero la palabra de Dios ha permanecido fija é inalterable para siempre. *Verbum autem Domini manet in aeternum*. No os separeis, amados hijos míos, de la accion de esta palabra santa, esto es, de la Religion, de la fé, de los sacramentos de la Iglesia, del ejercicio de las virtudes cristianas, que esta es la palabra del Señor, que nos comunicó por su Evangelio y sancionó con su Pasion, con su muerte, y Resurreccion gloriosa.

Oid á vuestros pastores. Acostumbraos á ver en ellos los fideicomisarios de Dios para la ejecucion de su Testamento, todo amor para con los hombres. Corredor, digámoslo así, de la providencia de Dios, el Sacerdote católico, y solo él, se hace todo para todos, estableciendo entre los diversos miembros de la familia humana aislados por sus intereses respectivos, el dulce lazo de la fraternidad, de la caridad, y enlazándolos tanto mas, cuanto que los junta en el centro de toda caridad, en el corazon del mismo Jesucristo. Para eso se le priva de los goces íntimos de la familia propia, y se le inhibe para los ne-

gocios seculares, se le reviste de seda y oro en los altares del Señor, y se le rodea de todas las consideraciones con que honrarse pueda á las mas altas dignidades de la tierra, siempre inferiores á la del Sacerdocio. Reducido y aislado el Sacerdote, vé ensancharse á medida que se concentra el círculo de sus atenciones, y así para todas las familias arruinadas, que no son pocas sobre la tierra, para todos esos niños sin padre, esos ancianos sin hijos, esas viudas sin apoyo, y tantas otras familias que sin echar de menos precisamente algun miembro son verdaderos huérfanos de la Providencia; y en el seno de la opulencia misma, para tantas enfermedades del corazon, tanta lepra del alma, que allí abunda mas donde menos eseasean los bienes de fortuna; para todos esos dolores tanto mas agudos cuanto mas secretos son, y tanto mas dignos de lástima cuanto mas esplendente es el manto de felicidad con que se cubren; el Sacerdote, el hombre de Dios, *homo Dei*, es quien interpone su poderoso influjo, derrama su consuelo, infunde la ciencia de las cosas celestiales, la indicacion de los medios, la expedicion de los recursos, á fin de obtener, si no es en todo posible, en la parte que fuere dable, el bienestar temporal para asegurar el eterno.

Coadjutores de este Sacerdocio, que el Apóstol San Pedro os enseña á mirar como investido de la dignidad real, linaje escogido, pueblo de adquisicion y gente santa, contamos á todos nuestros queridos fieles, siquiera en la parte de docilidad que presten á nuestros preceptos y avisos, y de atencion y aprovechamiento á nuestras enseñanzas; y entre ellos principalmente á los que por razon de vocacion especial, de mayores esperanzas en lo venidero, de ejercicios y prácticas de piedad y caridad positivas, se distinguen por la parte activa que toman en el servicio de Dios y de su Santa Iglesia.

Con vosotros hablamos en primer lugar, jóvenes seminaristas, plantel precioso, que ha de ocupar muy pronto el lugar del

viejo olmo y la caduca encina; ejército privilegiado de instruccion, que libre de los cuidados de la subsistencia os dedicais á forjar las armas con que habeis de pelear las batallas del Señor; no malogreis el tiempo que pasa para no volver, no deis paz á la mano y á la inteligencia de que estais dotados, atesorad riquezas para el dia del gran dispendio, que será el ejercicio del ministerio á que para ayuda nuestra seais destinados en la Iglesia de Dios; ved que el hombre vale lo que sabe, y al que ha de dirigir á los demás no le cuadra el presentarse como un ciego que guia á otros ciegos, y juntos corren á hundirse en el precipicio de su eterna condenacion. Dedicados al cultivo de las ciencias, alzad vuestro corazon al Señor que es Dios de las ciencias, ciencia increada de que las nuestras no son mas que un leve destello, una débil participacion, para que huyendo por gracia suya vosotros del pecado y de las ocasiones de pecar, como son las malas compañías que seducen al mal, y los pésimos libros y periódicos de nuestros dias, de los que ni un momento ha de posarse uno en vuestras manos, fortalecidos con su amor sintais abrir vuestras potencias á la adquisicion de los grandes conocimientos que no entran en el alma del impío, ni se componen con un corazon poseido de los afectos de pecado. Así, amados hijos míos, os ruego con el Apóstol, *por la misericordia de Dios que ofrezcáis á Él vuestros cuerpos en hostia viva, santa y agradable, que es el culto racional de la fe que le debeis. Y no os conforméis con las veleidades y disipacion del siglo, sino reformaos en novedad de vuestro espíritu, para que esperimeteis cual es la voluntad de Dios buena, grata y perfecta, dejando de aprender lo que no conviene saber, estudiando y aprovechando con templanza cada cual segun los talentos que Dios le hubiese concedido.*

A vosotras, volvemos ahora nuestra paternal atencion, inocentes Vírgenes, Esposas benditas del Cordero sin mancha, que sin pecado propio cargó sobre su cuerpo con los pecados de todos

los hombres: sabed que aunque invisibles para el mundo, os contamos entre lo mas selecto de nuestras filas, y esperamos muy principalmente de vosotras el grande auxilio de la oracion. Mientras nosotros empuñando la espada de Josué nos engolfamos en la batalla, y luchamos á brazo partido por destruir al feróz Amalecita, vosotras imitando á Moisés levantaréis al Cielo vuestras puras manos, y atraeréis para los guerreros del Dios de Sabaoth los favores de la victoria. Porque colocadas vosotras como palomas cándidas y fugitivas del gavilan de la corrupcion, en el agujero de la piedra y en la concavidad de la albarrada de la tierra de promision de Dios, que es el campo en que cumplís vuestros solemnes votos, y desarrollais á la perfeccion evangélica el precioso gérmen de las virtudes cristianas haciendo del consejo el precepto, y de la supererogacion la obligacion, supliréis por las oraciones que de la sociedad debieran elevarse y no se elevan á Dios, detendréis el brazo de su ira en las grandes calamidades con que de cuando en cuando nos visita, y seréis el mas preciado eslabon de la cadena que une la tierra con el Cielo, nuestra Religion Sacrosanta.

Y vosotros en fin, insignes adalides de nuestra fé y de la caridad de Dios, sócios de las conferencias de San Vicente de Paul, de San Luis Gonzaga, cofrades del SSmo. Rosario, y demas piadosas y recomendables hermandades, ¿cómo no saludaros con todo nuestro afecto, mostraros nuestra gratitud, y manifestaros cuanto nos prometemos de vuestra cooperacion en la asistencia del pobre, cuidado del enfermo, consuelo del afligido, amparo de la viuda, tutela del huérfano; en la reforma de las costumbres, en la represion de las palabras obscenas ó blasfemas con que manchan su boca y escupen al Cielo tantos desgraciados, en la enseñanza por fin de la niñez y de la edad adulta, adiestrando una y otra en el conocimiento del catecismo, y de los principios necesarios para vivir en sociedad, y ser útil el hombre á sí mismo y á sus semejantes? ¿Cómo no alabaros,

no aplaudiros? ¿Cómo no alentaros vuestro Obispo sensible á tan heróicas manifestaciones de la caridad, para que perseveréis en estas buenas obras, prometiéndoos en nombre de Dios á quien servís y complacéis en sus pobres, las inefables recompensas que tiene el Señor reservadas á los que le temen? Séguid, seguid, hijos míos, por la dichosa senda en que habeis entrado, ejerciendo esa especie de sacerdocio humilde, por el que tomando al hombre en sus necesidades y afecciones corporales, ganais el cuerpo á la salud y al consuelo, para ganar el alma á la religion y á la virtud. En verdad os decimos, que mereceis bien de Dios y de los hombres.

A todos dirijimos en esta ocasion solemne nuestro paternal llamamiento; á todos los declaramos cooperadores nuestros en el cultivo de la viña que el Señor nos ha encomendado, y mas que cooperadores nuestros, coadjutores de Dios, que somos todos los que caminando por los preceptos de su santa ley, proveemos cada cual en su esfera el bien en todo lugar y tiempo, fieles imitadores del Dios Humanado, que pasó entre nosotros haciendo bien. Bástanos saber que concurren, cualesquiera que sean, con el óbolo, con el vaso de agua, ó con la oracion á remediar los males ya físicos, ya morales del prójimo, en espíritu de verdadera caridad, que es el amor de Dios y de sus semejantes por Dios, para que les queramos como á las niñas de nuestros ojos.

Así no sabrémos deciros cuanto ha acrecentado el amor que os profesamos la noticia que tenemos de lo mucho que habeis hecho, de los donativos de que habeis sido cristianamente pródigos para favorecer en su abandono y desnudez al Vicario de Jesucristo, al sucesor de Pedro, en la tormenta sin nombre que sentado en la barquilla del Pescador, viene en estos aciagos dias atravesando, y aborrrarle el abatimiento de aceptar una pension que le arrebataria la libertad, la autoridad y hasta la conciencia de Pontífice. Venimos entre vosotros persuadidos de que vuestra

generosidad no está agotada; y que bajo nuestra dirección y con el ejemplo que en esto como en todo procurará daros vuestro Prelado, contribuiréis á la sustentación de nuestro amado Pontífice en la línea de sus hijos más distinguidos.

En esto como en todas las cosas será para vosotros clara antorcha la caridad. *Todas vuestras obras en caridad sean hechas.* Que á todos nos es dado contar con tan poderoso medio, es cosa cierta é indubitable. "Jesucristo, dice S. Gerónimo, no nos aconseja lo imposible, sino lo perfecto. En las buenas obras podrán las más veces admitirse excusas, más de profesar amor, nadie puede excusarse. Dirá tal vez alguno: yo no puedo ayunar; pero ¿será capaz de decir: yo no puedo amar? Dirá tal vez otro, no hay en mí fuerzas para vender cuanto poseo y dárselo á los pobres ¿podrá empero decir: no puedo amar á mis enemigos? No se dá aquí cansancio de pies, de manos, ó de oídos, que nos facilite el medio de la causa. No se nos dice: id al Oriente en busca de caridad; navegad al Occidente, y hablaréis el amor. Dentro de nosotros mismos, en el fondo del corazón, y no en extrañas regiones, está lo que de nosotros se reclama."

Alcémonos, pues, armados de la caridad de Cristo; y mientras tenemos tiempo, cuya pérdida lloraríamos amargamente un día, obremos el bien para con nuestros prójimos, con todo el mundo. Y obrémosle sin miramiento ni temor de ningún género, porque *¿quién nos separará del amor de Cristo?* repetiremos aquí con el Apóstol: *¿la tribulación? ¿la angustia? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿el peligro? ¿la persecución? ¿la espada del tirano? Ciertos estamos que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni violencias, ni alturas, ni profundidades, ni otra criatura alguna, nos podrán apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro.*

En la devoción á María Santísima, cuyo amor á Dios le dió fuerza para resistir la intensidad de sus acerbísimos dolores, in-

menos como la mar, teneis una prenda segura de la adquisición y conservación de la caridad. Confiados en la protección poderosa que la Madre de la gracia no rehusa á sus hijos los pobres pecadores, si acuden á invocarla con intención pura y sencillez de corazón, aficionados á su devoción y al reverente culto de sus solemnidades, especialmente al rezo en familia de su Ssmo. Rosario, cuya práctica no podemos dejar de recomendar con el mayor encarecimiento, bien pueden prometerse que el Espíritu Santo, solícito á las existencias de su Inmaculada Esposa, derramará sobre ellos todo el raudal de sus gracias y sus dones; bien pueden por tanto esperar en la tristeza recobrar la alegría, en la enfermedad la salud, en la esclavitud la libertad, en la borrasca el puerto, en el pecado la gracia. La Estrella de los mares dirige al mundo su apacible y sosegada luz, y solo aguarda á que el mundo se incline hácia ella para bañarle con sus nítidos y castos resplandores. Auxilio de los cristianos, en su regazo como en la mejor de las madres, depositamos la pesadumbre de nuestro cargo pastoral, y tenemos por seguros el consuelo y una eficaz protección en el buen desempeño para vuestra utilidad espiritual y también la nuestra. Podrá en nuestros malos días el hombre enemigo que siembra la cizaña en el campo del padre de familias, intentar herir al Pastor para dispersar la grey; no tememos; parapetados en nuestra devoción á María, y siendo esta buena Madre para sus fieles hijos la inexpugnable fortaleza de David, de cuyos muros penden las armaduras de los fuertes, miraremos tranquilos deshacerse la tormenta, bramar el huracán, caer la lluvia y el rayo, y solo preocupará en tal caso nuestra atención el temor de que se pierda en la confusión y el trastorno universal una sola de nuestras queridas ovejas, que el Padre Celestial nos ha encomendado, y á las que su Unigénito hecho Hombre, al espirar en la cruz transmilió en la persona del discípulo amado el patrocinio y maternal solicitud de María.

Ella os proteja, os prospere y salve, y robustezca con su

bendicion , la que como suya , con toda la efusion de nuestro pastoral cariño , y en prenda de la feliz lazada que nos une , os damos gozosos en el nombre del Padre , y del Hijo , y del Es-  
piritu Santo.

En nuestro Palacio Episcopal de Pamplona , el dia de la fiesta del Patrocinio de San José , 11 de Mayo de 1862.

*Petra Cirila , Obispo de Pamplona.*

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,

*Dr. D. Manuel Mercader , Sario.*



Los Reverendos Curas ó Eónomos de las Parroquias leerán esta exhortacion en uno ó mas dias festivos al Pueblo , explicándosela como mejor les pareciere, en el ofertorio de la Misa mayor.

